

A. J. RICH

LA
MANO
QUE TE
DA DE
COMER

Traducción:

JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL



MAEVA

«¿Quién puede no horrorizarse al pensar en las desdichas
que puede causar una sola amistad peligrosa?»

—PIERRE CHODERLOS DE LACLOS, *Las amistades peligrosas*

Si o no:

- Quiero que todo el mundo sea feliz.
- Sé lo que necesita la gente sin que tenga que pedírmelo.
- He donado sangre.
- Donaría un riñón para salvar la vida de un amigo íntimo.
- Donaría un riñón para salvar la vida de un desconocido.
- Normalmente parezco sincero.
- Doy más de lo que recibo.
- La gente se aprovecha de mí.
- Hay que perdonar a los demás, en general.

Hoy no contestaría a ninguna de estas preguntas como lo hubiera hecho hace un año. Y eso que soy la que redactó el test. Iba a ser yo quien redefiniera la figura del depredador determinando los rasgos distintivos de la víctima. El test formaba parte de mi tesina para el máster de psicología forense de la Facultad John Jay de Criminología. Dijo un filósofo: «El umbral es el lugar de la esperanza». Yo estaba en el umbral de ver cumplidos todos mis deseos.

La pregunta que hoy haría sería esta:
¿Puedo perdonarme?

La conferencia había tratado sobre victimología. ¿Hay en el cerebro del maltratador una anomalía simbiótica que exista también en la conformación emocional de la víctima? El profesor

había usado como modelo el síndrome de la mujer maltratada, señalando que este no aparece en el *DSM-5*, el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, pero sí en los códigos penales. ¿Por qué? Yo creía tener la respuesta.

Había sido una mañana electrizante. No veía la hora de llegar a casa y seguir con mi investigación. Como me sentía un poco culpable por querer tener el apartamento otra vez para mí sola, pasé por Fortunato Brothers y compré una bolsa de galletas de piñones para Bennett.

Mi apartamento estaba en el último piso de un edificio entre medianeras de Williamsburg, Brooklyn, uno de esos con fachada de listones. No convivía con *hipsters*, sino con el vecindario de toda la vida; italianas que se pasaban el día barriendo la acera y jubilados chistosos que jugaban al ajedrez en Fortunato. A una manzana había una tienda de lápidas donde además vendían pan. Bennett la llamaba Pan-Teón. Se rumoreaba que el dueño había trabajado para una de las grandes familias de la mafia. El personal, de ochenta años para arriba, sacaba sus sillas de plástico a la calle y se dedicaba a fumar puros. El camión de los helados ponía la música de *El padrino*. «Esto no es la HBO —solían decir los vecinos—, es nuestro barrio».

A mi puerta se llegaba por una espiral de sesenta y ocho peldaños. Atravesé una mezcolanza étnica de olores: ajo rehogado en el primer rellano, col hervida en el segundo, chorizo frito a continuación..., y por último mi piso, donde yo nunca cocinaba nada.

La puerta estaba abierta. Bennett debía de haber salido sin acordarse de sacudir un poco el pomo roto, como le había dicho que hiciera. Podrían haberse escapado los perros. Tenía tres: *Cloud*, una gran pirineo a la que llamaba *Gran Lienzo en Blanco*, y *Chester* y *George*, dos pitbulls cruzados, patosos y dependientes, a los que había tomado en adopción. Los perros eran el único motivo de discordia entre Bennett y yo. Él no quería que yo tratara de rescatar a cuanto chucho callejero se cruzara en mi camino a expensas de mi trabajo, aunque yo sospechaba que lo que en realidad no soportaba era encontrar pelos de perro en

sus jerseys. Bennett siempre tenía frío, incluso en verano. Según él, sufría el síndrome de Raynaud, un estrechamiento de las venas en las extremidades que hace que se enfríen manos y pies. Le daba miedo la forma avanzada en la que se pueden atrofiar los dedos de unas y otros. Ahora bien, sus manos nunca estaban frías cuando tocaban mi piel... En cambio, yo siempre tenía calor. En primavera me ponía sandalias antes que nadie, nunca llevaba bufanda y jamás me resfriaba por culpa del aire acondicionado. Y no era porque fuera robusta, ni mucho menos.

Empujé la puerta con el hombro, contrarrestando el delirio de colas agitadas que me recibía al otro lado, y me fijé en que había pétalos de rosa en el recibidor. ¿Sería cosa de Bennett? Parecía demasiado cursi, impropio de él. A los hombres que se acuerdan de todo lo que dices no les hace falta recurrir a tópicos. Nadie me había visto y entendido nunca como lo hacía Bennett. Era algo más que simple atención: sabía incluso antes que yo lo que quería, tanto en las cartas de los restaurantes como en una pantalla o en un disco. Conocimiento que, por descontado, se extendía a la cama.

Cuando me agaché para recoger algunos pétalos, reparé en que eran huellas de patas. Así que no se trataba de un detalle romántico manido. Lo que se presentaba ahora como un patrón floral abstracto en el suelo de madera noble conducía al dormitorio. ¿Habrían reventado la bolsa de basura *Chester* y *George*? Sobras de salsa putanesca arrastradas a lo largo y ancho del apartamento por los perros: otro tópico que me resistía a aceptar. Esos perros adoptados eran unos caballeros, por mucho que irritasen a Bennett los huesos a medio roer que dejaban tirados por la casa. Ir tropezando a todas horas con ellos, y pisando juguetes de esos que hacen ruido cuando uno los aprieta, era otra de las razones por las que me pedía que buscara un hogar definitivo para los perros, o que los devolviera al centro de acogida de animales de East Harlem de donde los había rescatado. El donativo que había aportado a una organización de rescate de animales de la zona debía de haberme incorporado a una lista masiva de correo electrónico, porque desde entonces recibía

casi a diario fotos y perfiles de perros a los que, sin mi intervención, apenas les quedarían unas horas de vida.

A los pitbulls, *Chester* y *George*, los habían tenido en el corredor de la muerte para practicarles la eutanasia. En la foto salían apoyados el uno en el otro, saludando ambos con la patita en alto. Eso superaba mis fuerzas. Cuando fui a la perrera, vi que en sus tarjetas se leía «no problemático». Uno de los empleados me explicó que eso significaba el mejor carácter posible. Jamás habían dado a los demás otra cosa que amor, y eso era lo que querían a cambio: amor. Rellené los formularios y pagué por duplicado la tarifa de adopción, pensando que solo los acogería por un tiempo. Al día siguiente fui a buscarlos en compañía de *Cloud* en un vehículo de una empresa de coches compartidos.

Bennett no soportaba el caos constante de tres perros grandes metidos en un apartamento pequeño, y es posible que tuviera razón: eran el centro de mi vida. ¿Me hacía cargo de ellos por algún tipo de altruismo patológico? Esa era justamente la base de mi investigación: un test para identificar a las víctimas cuyo interés e hiperempatía fueran tan extremos que llegaran a atraer a los depredadores.

Bennett necesitaba orden para funcionar, mientras que yo necesitaba tenerlo todo patas arriba; un desorden demencial, pero hogareño. Él, siempre que venía de Montreal, dejaba bien colgadas sus camisas Oxford y sus chinos. En cambio, yo solía dejar arrugados encima de la cama mis *leggings*, mi chaleco de cuero vegano y mis capas y capas de tops. Bennett sacaba los platos del lavavajillas que había cargado y encendido él mismo. Yo, por el contrario, dejaba los cacharros sucios en el fregadero. Lo más difícil para mí era que Bennett se opusiera a que los perros durmiesen con nosotros en la cama. No le gustaban los perros, y ellos lo percibían. Siempre lo hacen. Obedecían, pero Bennett daba las órdenes con una dureza innecesaria. Ya se lo había dicho más de una vez. ¿Cómo nos las arreglaríamos para convivir todos juntos?

La primera en llegar fue *Cloud*, que se valió de su tamaño de oso para ganarles a los chicos la partida de la fuerza. No solo no

me saludó con la efusividad de siempre, apoyando sus enormes patas sobre mis hombros, sino que la vi nerviosa, asustada. Daba vueltas alrededor de mis pies con las orejas pegadas a la cabeza. Tenía todo un lado del cuerpo manchado, como si se hubiera apoyado en una pared recién pintada. Pero yo no había pintado. Y jamás habría elegido el color rojo.

De rodillas, aparté su pelo mojado para ver si tenía heridas punzantes en la piel, pero no vi ninguna. Además, el color no atravesaba del todo su pelaje. Pedí perdón a *Chester* y *George* por mis sospechas infundadas. Suerte que ya estaba de rodillas, porque podría haberme caído con el primer ataque de vértigo. Examiné a los pitbulls en busca del origen de la sangre. Mi corazón latía muy deprisa. Sufrí otro ataque de vértigo. Tampoco encontré heridas en ninguno de los dos. Bajé la cabeza para no desmayarme.

—¿Bennett? —dije en voz alta.

Aparté a *Chester*, que me lamía la sangre de las manos.

Vi que mi sofá nuevo (regalo de Steven, mi hermano mayor, por haber dejado atrás la veintena y alcanzado la edad adulta) estaba manchado. Intenté reunir a los perros, pero ellos no paraban de dar vueltas a mi alrededor, lo que dificultaba mi llegada al dormitorio. Mi apartamento era alargado, con un pasillo al que daban todas las habitaciones. Se habría podido disparar una bala sin que esta chocase con ninguna pared. Desde donde me encontraba, en la sala de estar, veía la mitad inferior de la cama. Y la pierna de Bennett.

—¿Qué les ha pasado a los perros? —pregunté.

A medida que avanzaba por el pasillo, las manchas rojas se alargaban.

Bennett estaba boca abajo en el suelo del dormitorio, con una pierna encima de la cama. De repente vi que las dos partes no estaban conectadas. Lo primero que se me ocurrió fue salvarlo de que se ahogara con su propia sangre, pero una vez de rodillas vi que no estaba boca abajo, sino mirando hacia arriba. Bueno, mirando no, porque ya no tenía ojos. Por un momento, contra toda lógica, me aferré a la esperanza de que no fuera

Bennett. Tal vez alguien había entrado a la fuerza y los perros lo habían atacado. A pesar de la conmoción, tenía los conocimientos necesarios como para saber que el asesino no era humano. Las salpicaduras de sangre carecían de cualquier componente emocional. Mi experiencia forense bastaba para comprender lo que veía. El análisis de las manchas de sangre ofrece una sorprendente exactitud. Indica el tipo de lesión, el orden en que se recibieron las heridas y si la víctima se movía o estaba quieta en el momento en que se las infligieron. En aquel caso, las lesiones eran heridas punzantes y desgarros. Las manos de Bennett estaban desolladas, lo que significaba que al intentar resistirse le habían arrancado la piel. Le habían arrancado la pierna derecha a la altura de la rodilla. El «arma» habían sido uno o varios animales. Las heridas presentaban un perfil irregular, no lineal como las producidas por arma blanca. Faltaban trozos enteros de carne. Las manchas de sangre indicaban que había sido arrastrado por el suelo del dormitorio. El pie y la pantorrilla derechos debían de haber sido llevados a la cama después del ataque. Por todo el cabezal, y en la pared trasera, había salpicaduras de sangre arterial, probablemente de la carótida.

Oí a mis espaldas el jadeo de los perros, que esperaban alguna indicación sobre lo que íbamos a hacer. Traté de mitigar su miedo. Adoptando el tono más calmado del que fui capaz, les dije que no se movieran. Hice que se echaran. Luego noté que del olor a sangre se iba diferenciando otro que parecía emanar de mí. Me levanté despacio y rodeé a los perros a cámara lenta. *Cloud* se levantó, y, si no le hubiera ordenado quedarse echada, me habría seguido. *Chester* y *George* me dedicaban toda su atención, aunque no se movieron mientras yo seguía andando hacia el cuarto de baño. Por fin llegué, cerré con un portazo y me apoyé con todo mi peso en la puerta, por si los perros se lanzaban en mi persecución. Oí gñidos al otro lado.

Aún no estaba en estado de *shock*. Pronto lo estaría. Seguía en el estado inferior de llorar de gratitud por haber sobrevivido. Lo curioso es que sentía vértigo, como el que experimentaría de haber ganado un gran premio. Y lo había ganado: mi vida.

La borrachera, sin embargo, duró apenas unos segundos. Saliendo del extraño trance, comprendí que tenía que pedir una ambulancia. Bennett no podía estar vivo, pero ¿y si me equivocaba? ¿Y si estaba sufriendo? Mi móvil estaba en el bolso, que había dejado en la repisa junto a las llaves. Oí un ruido de papel desgarrado y me acordé de la bolsa de galletas. Seguro que se habían caído y las habían encontrado los perros. Abrí la puerta lentamente y fui a buscar el bolso sin entrar en el dormitorio. ¿Cuánto tardarían en zamparse las galletas? Dominada por la adrenalina, contuve el impulso de correr para ponerme a salvo. En lugar de eso, aferré el bolso sin apartar la vista de los perros. Finalmente, volví al cuarto de baño y me encerré echando el pestillo. Luego me metí en la bañera vacía, como si la antigua bañera de hierro con patas pudiera protegerme, y marqué el número de emergencias. Tuve que hacerlo dos veces. Cuando me preguntaron por qué urgencia llamaba, no fui capaz de contestar. Ni siquiera podía gritar.

—¿Corre usted peligro en este momento? —Era una voz de mujer, me pareció que de cierta edad.

Asentí con la cabeza como una loca.

—Interpreto su silencio afirmativamente. ¿Puede decirme dónde está?

—En el cuarto de baño.

A continuación di mi dirección en voz baja.

—Ahora mismo va para allá la Policía. No cuelgue. ¿Hay algún intruso dentro de la casa?

Oía a los perros al otro lado de la puerta del cuarto de baño. Los gañidos de antes eran ahora más fuertes. Lloriqueaban, golpeando la puerta con las patas para que les dejara entrar.

No contesté.

—Si hay un intruso en su casa, dé un solo golpe con el dedo en el auricular.

Golpeé el auricular tres veces.

—¿Algún arma? Dé un golpe.

Di uno.

—¿Más de un arma?

Otro golpe.

—¿Armas de fuego?

Sacudí la cabeza y dejé el teléfono en la bañera vacía. La telefonista seguía hablando, pero lejos. Sacudir la cabeza (no, no, no) me había reconfortado, como si me columpiasen.

Cuando se empezó a oír la sirena, uno de los perros aulló. *Cloud*. Siempre me había hecho reír su participación en la versión urbana de la manada de lobos, como si aquella perra tan mimada, cuyos dientes cepillaba yo cada semana, tuviera aún algún vestigio de animal en su interior. En esta ocasión, su aullido me erizó la piel.

—Ya ha llegado la patrulla —dijo la vocecita que salía del teléfono al fondo de la bañera—. Si los agresores aún están dentro, dé un golpe.

Los pasos que se acercaban hicieron ladrar a los perros, como lo hizo la mano que probó si la puerta estaba cerrada con llave.

—¡Policía! ¡Abran!

Intenté decir algo en voz alta, pero apenas me salió un gemido infinitesimal, más débil que la voz que seguía preguntándome si los agresores permanecían dentro de la casa. Por única respuesta, los policías no oyeron otra cosa que ladridos.

—¡Policía! ¡Abran la puerta!

Más ladridos.

—¡Llamad a Control de Animales! —oí que gritaba uno de los agentes.

El siguiente ruido fue el de echar la puerta abajo, seguido por un único disparo ensordecedor. El gemido que siguió contenía toda la congoja de un llanto humano. Los otros perros dejaron de ladrar.

—Así me gusta. Bien, perritos —dijo uno de los policías.

—Creo que este está muerto.

Los pasos se acercaron con cautela.

—Dios mío... Mierda —dijo el otro.

Oí una arcada.

De golpe se abrió la puerta del cuarto de baño, y un policía joven me encontró encogida en la bañera sin agua.

El agente se puso en cuclillas a mi lado. Noté el olor agrio de su aliento, causado por la arcada.

—¿Está herida?

Yo tenía las piernas encogidas, la cara contra las rodillas, y me tapaba la cabeza con las manos.

—Enseguida llegará una ambulancia. Perdone..., tenemos que ver si sangra por alguna parte.

El policía me puso una mano en la espalda con suavidad. Grité.

—Tranquila, tranquila —dijo él—. Nadie va a hacerle nada.

Permanecí en la misma postura, la que adoptaban los alumnos en los simulacros escolares de explosión nuclear. Más tarde me enteré de que uno de los síntomas del trastorno por estrés agudo es una rígida inmovilidad.

—Ya están aquí los de Control de Animales —dijo el otro policía.

La ambulancia debió de llegar al mismo tiempo, porque un sanitario me tomó el pulso mientras una mujer buscaba heridas en mi cuerpo. Me quedé encogida en la bañera.

—No creo que la sangre sea suya, pero no veo el abdomen —dijo ella—. Voy a ponerle una vía. Ahora notarás un pinchazo, cariño.

Me clavaron una aguja de hacer punto en la mano izquierda. Grité tanto que los perros se pusieron a ladrar otra vez, aunque ahora solo eran dos.

—Te vamos a dar algo que te ayudará a relajarte. Así podremos comprobar si tienes alguna herida.

Un calor negro empezó a extenderse por mi brazo, como si me hubieran puesto un guante caliente en la mano. A partir de cierto momento, la oscuridad se hizo tan grande que pude introducirme en ella. Una clemente bolsa negra en la que desaparecer.

—Tenemos que hacerle algunas preguntas. ¿Puede hablar? —quiso saber uno de los policías.

—Está en estado de *shock*.

—¿Se llama usted Morgan Prager?

Intenté decir que sí con la cabeza, pero la bolsa negra me oprimía demasiado.

—¿Puede decirnos quién estaba con usted en el apartamento? No hemos podido encontrar ninguna identificación del difunto.

—¿Nos oye? —preguntó el otro policía.

Me colocaron en una camilla que hicieron rodar por todo el apartamento. En el momento en que pasamos junto al dormitorio, abrí los ojos. Esta vez la escena no me llenó de terror, sino de confusión.

—¿Qué ha pasado? —pregunté con mi nueva vocecita.

—No mires —dijo la mujer.

Pero yo miré. Nadie se ocupaba de Bennett.

—¿Sufre? —me oí preguntar.

—No, cariño. No sufre.

Justo antes de que me bajaran a la calle, vi el cadáver de *Chester* en el suelo del recibidor. ¿Por qué le habían pegado un tiro? *Cloud* y *George* estaban cada uno en una jaula de Control de Animales. Alcancé a leer la etiqueta: perro peligroso.

Los médicos no hallaron herida alguna, ni tampoco nada físico que explicara mi rígida inmovilidad ni mi mutismo, roto solo por un grito cuando alguien se acercaba a mí. Para mi seguridad, aplicaron el artículo 9.27 de la ley de Nueva York: internamiento involuntario por prescripción médica.

Verdadero o falso:

- Ha vivido o presenciado usted un acontecimiento con riesgo de muerte que provocó miedo intenso, impotencia o terror.
- Revive el acontecimiento en sueños.
- Revive el acontecimiento cuando está despierto.
- Tiene pensamientos suicidas.
- Tiene pensamientos asesinos.
- Se da cuenta de que está en un hospital psiquiátrico.
- Sabe por qué está aquí.
- Se siente responsable del acontecimiento.

Sabía que la psiquiatra, una mujer con buenas intenciones que se presentó como Cilla, estaba haciendo las preguntas tradicionales para valorar mi estado mental, pero yo necesitaba saber la respuesta de otras que no figuraban en la lista.

Ella me miraba con curiosidad serena.

—No hace falta que hables o contestes ahora mismo. —Abrió el cajón de su escritorio para guardar el test y sacó unos chicles Nicorette—. Me he enganchado, ¿sabes? Como si fueran cigarrillos. —Aparentaba algo más de cincuenta años e iba peinada de manera muy sencilla, con un pasador de concha para que no se le cayera el pelo por la cara. Se sirvió un café y acercó otro vaso del aparador—. ¿Cómo lo tomas? —Sacó un brik de leche de la neverita y empezó a verter—. Dime cuánta.

Levanté la mano.

—¿Azúcar?

—¿Es cierto lo que recuerdo?

Era lo primero que decía en seis días.

—¿Qué recuerdas?

—Mi novio está muerto. Me lo encontré en el dormitorio. Mis perros lo habían atacado.

La psiquiatra esperó a que siguiera.

—Antes de pedir una ambulancia, yo ya sabía que estaba muerto. Me escondí en la bañera hasta que vinieron a ayudarme. Un poli disparó a uno de mis perros. —No podía mirarla a los ojos—. Es culpa mía.

—Te trajeron en estado de *shock*, pero no tenías afectada la memoria. ¿Has podido dormir esta noche? ¿Comes algo?

Contesté que no a las dos preguntas. Respondería que no a cualquier consulta sobre la normalidad. Ya no volvería a vivir nunca nada parecido a la «normalidad». ¿Cómo revertir lo que había visto? ¿Qué quedaba por ver?

—Soy consciente de que tu dolor es algo incalculable. Puedo darte algo para dormir ahora mismo, pero contra el dolor no hay medicina que valga. El luto no es una enfermedad.

—¿Puedes darme algo para el sentimiento de culpa?

—Es posible que te sientas culpable porque la culpa se soporta mejor que el dolor.

—¿Y qué puedo hacer?

—Lo que estás haciendo. Hablar conmigo. Es el primer paso.

—Hablar no cambiará lo que ha pasado.

—Tienes razón, pero no vamos a cambiar lo que ha pasado.

—Él está muerto. Quiero saber qué les ha pasado a mis perros.

—Son pruebas. Los tienen en el Departamento de Salud.

—¿Van a matarlos?

—¿Tú qué crees que habría que hacer?

Cloud nunca le había hecho daño a nadie. Estaba conmigo desde que solo tenía ocho semanas. ¿Qué podía haber provocado a los pitbulls? Hacía dos meses que dormían en mi cama, incluso cuando Bennett venía de visita. Aunque las dos o tres primeras veces había tenido que sacar a *Chester* por el tema de la protección de recursos (el recurso que protegía era yo). ¿Lo

habría amenazado físicamente Bennett? El ataque había sido brutal. Bennett estaba irreconocible.

—Quiero saber qué ha pasado con el cadáver de Bennett. ¿Han organizado sus padres el entierro?

—La Policía aún no ha conseguido localizarlos.

—Él decía que sus padres vivían en un pueblecito de Quebec.

—¿Venía a verte desde Quebec?

—Vivía en Montreal.

—Tu hermano me ha dicho que no lo conocía.

—¿Has hablado con Steven?

—¿Steven vive muy lejos de ti? —preguntó Cilla.

—Pasábamos tan poco tiempo juntos que Bennett solo quería verme a mí.

—¿Fuiste a visitarlo alguna vez a Montreal?

—Me lo pidió, y me dio una llave, pero al final era más fácil que viniera él aquí.

—¿Cómo os conocisteis?

—Nos conocimos cuando yo investigaba para mi tesina sobre psicología forense.

Después de seis días sin decir una sola palabra durante nuestras sesiones cotidianas, aún no estaba preparada para contarle que había conocido a Bennett mientras ponía a prueba una teoría sobre mujeres víctimas de depredadores sexuales que actuaban por medio de internet. Había elaborado cinco perfiles de mujeres que corrían un riesgo especialmente alto: la complaciente, la rebotada, la perjudicada, la presa fácil y la permisiva. Los publiqué en varias páginas de citas, a la vez que creaba un personaje de control, una idealista tímida, seria y adicta al trabajo, capaz de reírse de sí misma y aficionada al sexo. En resumen: yo. El primer correo electrónico de Bennett lo situaba en el grupo de control masculino de tíos normales. A diferencia de los otros «tíos normales», cuyas respuestas parecían más bien currículums de los que se mandan a un cazatalentos en busca de un sueldo de seis cifras, Bennett mostraba curiosidad por mí: qué libros leía, qué música escuchaba, dónde me sentía más a gusto... Yo tenía la impresión de que lo estaba engañando, pero

el aumento de la temperatura de nuestra correspondencia me puso entre la espada y la pared. Cuando le conté lo que hacía de verdad en internet, en lugar de enfadarse u ofenderse quedó fascinado. Me hizo un sinfín de preguntas acerca de mi investigación, con un interés que, por decirlo suavemente, me halagó.

Su interés por mi trabajo abrió otro espacio de encuentro intelectual entre los dos. Su entusiasmo por mis ideas superaba el de mis compañeros de clase, incluido el poli dominicano cachas con quien había salido durante una temporada. De hecho, el interés de Bennett se volvió un tanto obsesivo. Una tarde me lo encontré leyendo una respuesta en mi cuenta de Hotmail, la que yo había creado para mi estudio. Era de alguien a quien yo atribuía una desviación sexual, si bien aún no podía asegurar que fuera un depredador.

—Te has dejado abierto el correo, y me ha picado la curiosidad —dijo Bennett cuando le pregunté qué hacía—. Me he fijado en que este tío siempre habla de sí mismo en tercera persona. ¿Es normal?

Yo no había reparado en ello. Fue una constatación que no solo palió la incomodidad que sentía debido a la conducta indiscreta de Bennett, sino que volvió a resaltar su gran interés por mis investigaciones. Una vez más me ayudaba. Y me asaltó un pensamiento: no podía disculparme con él, pero tampoco agradecerse. Volví a caer en las garras de la desesperación.

—¿Cuándo saldré de aquí?

—El internamiento involuntario acabó hace tres días —dijo Cilla—. Ahora mismo, si estás aquí es por tu voluntad.

—¿Tengo que irme?

Qué raro tener un sueño erótico estando internada en una unidad de psiquiatría... O tal vez no.

—Dime qué te gusta más —decía Bennett en el sueño.

Me daba un beso en la boca y luego me estiraba el pelo hasta que me dolía.

—Lo del pelo —contestaba yo, para mi sorpresa.

Él me acariciaba el interior del muslo, y después me lo mordía. Luego volvía a preguntarme qué me gustaba más.

—El mordisco.

—Así me gusta —decía Bennett, y me lamía la mejilla como un perro.

Me pedía que me girase. Sentí, en sueños, que me penetraba por partida doble. ¿Cómo podía ser?

—¿Qué te gusta más?

—No puedo elegir —dije yo, y él continuó como dos hombres a la vez.

Cuando le conté el sueño a Cilla, en la siguiente sesión, comentó que no era raro que el dolor por la pérdida de alguien despertara sentimientos de índole sexual, y que, aparte de mi psique, también mi cuerpo estaba de luto. Dijo que el sexo es una afirmación de vida, incluso en sueños.

Las manos de otros hombres eran ágiles e incitantes. El tacto de Bennett era firme. Empezaba por tocar un punto de mi cuerpo en el que la caricia parecía infinita. Y la presión nunca era tímida, sino la de un escultor que modela la arcilla húmeda.

Para nuestra primera cita reservamos una sola habitación en la Old Orchard Beach Inn de Old Orchard Beach, en Maine.

Habíamos acordado que el primer encuentro cara a cara fuera en la intimidad de aquella habitación. Me sorprendió sentirme cohibida, teniendo en cuenta que lo esperaba desde hacía un mes. También nos habíamos puesto de acuerdo en que Bennett me esperara dentro. Llegado el momento, deseé que nos hubiéramos citado en algún sitio público donde pudiéramos hacer algo: un paseo en barca, una visita turística... Cualquiera cosa menos vernos las caras en una habitación pequeña con una cama grande. Antes de Bennett, solo había estado con muchachos, independientemente de su edad: calientes, divertidos, veloces, peligrosos, egoístas y sexis, pero no seguros. Apenas había abierto la puerta cuando Bennett me tomó de la muñeca con firmeza para hacerme entrar. El hombre que vi no era guapo en

el sentido convencional. Y enseguida supe que eso no tenía ninguna importancia. Sus facciones no eran simétricas. Un lado de la boca bajaba un poco más que el otro. Su piel delataba problemas de acné en la adolescencia. Sus ojos, azules y de largas pestañas, se engastaban luminosos en la piel ruda. Lo que en otro habría sido un defecto, en su caso acentuaba un atractivo como el que un Tommy Lee Jones joven despertaba en las mujeres. Un poder cinético. Se movía con languidez.

Besaba despacio. Intuía cuándo debía parar.

Y cuándo seguir.

Me besaba sujetándome la cara. Yo me aferraba a su nuca. Lo normal es que las mujeres valoren a los hombres altos, pero Bennett no pasaba del metro setenta y tres, y me gustó cómo encajábamos. Me alegré de que no llevara colonia. Oía a agua limpia de lago.

Nos dejamos caer en la cama. Me acercó más a él, pero esta vez no lo hizo tomándome de la muñeca. Su deseo anuló mi timidez. Cuando me dijo que era más guapa en persona, le creí. Ya no me sentía inhibida; era como si me hubiera contagiado su seguridad. Le ayudé a desabrochar mi blusa. No hubo problemas de cierres, porque me había puesto un top de seda. Me la quitó por la cabeza, tomándose su tiempo. Colocó mi mano sobre su erección, y después me besó la palma. Dejó cada dedo un momento en su boca. Luego se puso de rodillas, aún con los vaqueros y la camisa blanca puestos, y me despojó del resto de la ropa. Me rozó con la barbilla y besó el interior de mis muslos. Yo lo deseaba, pero cedí la iniciativa. Él no tenía prisa, y yo tampoco. Me hizo recostarme en la cama, separó mis piernas y metió la lengua. Ninguno de los otros chicos me había hecho eso. No así. Me resultó violento correrme tan deprisa, pero solo hasta que advertí el placer que le había dado. Se levantó. Esta vez fui yo quien se puso de rodillas. Llevaba unos Levi's viejos, de botones. Sentí su erección mientras se los desabrochaba. Me incliné para rozarla con mis pechos.

—Ven —dijo.

Me metió un dedo y, al darse cuenta de lo preparada que estaba, me besó el cuello. Me hizo esperar algunos segundos más. Había autoridad en sus movimientos. Comprendía que en la inmovilidad había poder, y en la pausa, excitación.

–Ven –repitió.

Mi compañera de habitación en el hospital Bellevue era una alumna de primer año de la Universidad Sarah Lawrence que había intentado suicidarse llenándose la boca de papel higiénico.

–Me había bebido todo el alcohol de papá y tragado todas las pastillas de mi abuela, pero nada de eso hacía efecto –me dijo.

La habitación no difería mucho del típico cuarto de residencia universitaria, salvo en que el cristal de las ventanas estaba fabricado a prueba de impactos y el «espejo» del cuarto de baño era de acero inoxidable. No por cerrar la puerta gozabas de intimidad, ya que en el fragmento de pasillo que se veía a través de la ventanita circular nunca se apagaba la luz. Jody, mi compañera de habitación, me dijo que Cilla –quien nos trataba a ambas– había sido corista de Lou Reed. Yo no sabía cómo habría sido la vida de Jody fuera del hospital, pero desde luego aparentaba más que sus dieciocho años. (El abundante kohl que se ponía en los ojos no ayudaba.) El personal de ingreso había hecho que se quitara los *piercings* de la cara, y ahora una hilera de agujeritos surcaba su labio inferior.

Cilla, en cambio, no iba maquillada, pero parecía más joven de lo que yo calculaba. Su rostro, sin arrugas, transmitía la misma serenidad que su benévola mirada. Debía de esforzarse a conciencia por perfeccionar una expresión neutral y desprovista de juicios de valor, como si tuviera delante a una paciente y no a la culpable de la muerte de su novio; la misma expresión que había intentado adoptar yo al complementar mi formación a base de encuentros semanales en el centro penitenciario de Rikers con chanchulleros de internet y exhibicionistas.

Me senté en su sofá. Ella lo hizo en un sillón de orejas con un cojín ortopédico. Me la imaginé en los viejos tiempos:

pantalones de cuero negro y zapatos de plataforma, cantando detrás del rockero más guay de Nueva York.

Sacó su paquete de chicles Nicorette.

—¿Te molesta?

La consulta, espartana e institucional, estaba pintada con relajantes tonos tierra. Detrás del escritorio había un cuadro de estilo *color field*, naranja y siena, una muestra de esa pintura abstracta que en su momento se consideró radical, pero que ahora colgaba en las paredes de todos los psicólogos. Era la única nota de color.

—Parece que esta noche has descansado.

—Si tener pesadillas es descansar...

—Te puedo aumentar el Ambien.

—No hay dosis que pueda darme paz.

—Quizá la paz no sea el objetivo por el momento.

—Entonces ¿qué hacemos aquí?

—Dime cuándo fue la última vez que sentiste paz.

No tuve que buscar mucho en mi memoria: finales de junio, mi primer fin de semana con Bennett. Volvimos a quedar entre Montreal y Brooklyn, en un *bed & breakfast* algo anticuado que él había encontrado en Bar Harbor. Bennett bajó en coche, y yo subí en autobús. Bordeábamos la costa en kayak cuando del bosque salió un alce. Su impresionante cornamenta debía de medir cerca de cuatro metros de envergadura. Entre animal y árbol: nunca había visto un ser tan majestuoso. Por un momento, Bennett y yo nos quedamos igual de sobrecogidos. No hacía falta decir una palabra.

—¿Por qué lloras? —preguntó Cilla.

—Estaba con él. —La psiquiatra me ofreció la consabida caja de pañuelos de papel, que preferí no usar—. He destruido lo que quería. ¿Darías con la dosis que me hiciera aceptar algo así?

Cilla no dijo nada. ¿Había algo que decir?

—Ah, y para que veas lo retorcida que soy: echo de menos a mis perros.

Ella me miró con su expresión neutral y serena, como si me desafiase a desbaratarla.

—A veces me siento tan culpable por *Cloud* como por Bennett. ¿Por qué adopté a los otros dos?

—Quisiste hacer una buena acción.

—¿Ah, sí? En realidad, no era la primera vez.

—¿Ya habías adoptado perros antes?

—Los acumuladores compulsivos usan a los animales como automedicación.

—¿Te consideras una acumuladora compulsiva?

—Tengo potencial. De niña me llevaba a casa a todos los gatos y perros perdidos que encontraba, incluso a los polluelos sin plumas que se caían de los nidos. ¿Y sabes una cosa? Esos pajarricos estaban enfermos, por eso sus madres los habían expulsado del nido. Me llevé uno a casa, y por su culpa se murió mi adorado periquito.

—¿Qué pasa, que porque haya consecuencias imprevisibles es mejor no hacer buenas obras?

Saqué un pañuelo de la caja de la mesita que había entre las dos, a pesar de que no lo necesitaba. No estaba llorando, solo tenía ganas de aplastar algo entre mis manos.

—¿La muerte de Bennett era algo imprevisible? —pregunté—. ¿Y si una madre con un bebé recién nacido tiene en casa una pitón como mascota? ¿Y si una mujer deja que vuelva su novio, después de echarlo, y luego no se cree lo que su hija dice que le hace?

—¿Es el tipo de depredadores que estudias?

—No. Yo estudio a las víctimas.

Le expliqué por fin cómo había conocido a Bennett. Era el sujeto de control que había estado buscando. *Sí o no. Prefiere tener la razón a estar contento. Se siente cuestionado a menudo. Le gusta sentirse protector con las mujeres. Le agrada sentirse poderoso con las mujeres. Las mujeres le mienten.* Bennett se ajustaba en todos los criterios a la personalidad de tipo B, el macho no agresivo, el tipo de hombre con quien tu madre querría que te casaras. Yo nunca me había decantado por hombres que gozaran del beneplácito de la mía; por eso me pilló desprevenida su encantadora respuesta a mi personaje de internet. Su mensaje no era

el de un ligón. No usaba la pantalla del ordenador como un espejo frente al que arreglarse. En su primera respuesta no usó la palabra «yo» ni una sola vez. Lo suelo contar. El varón medio usa diecinueve veces el «yo» en el correo de presentación. Normalmente, «tú» aparece menos de tres veces. El mensaje de Bennett tenía forma de cuestionario. ¿Qué libro no te llevarías a una isla desierta? ¿Qué palabra te suena mejor en inglés? ¿Te gustan más los animales que las personas? ¿Qué canción te hace llorar, aunque te dé vergüenza admitirlo? ¿Adónde no irías de vacaciones? ¿Crees que los números irradian colores?

—¿Dirías que Bennett fue tu víctima? —preguntó Cilla.

¿Por qué había tenido que serlo? La razón se me escapaba. Los pitbulls no lo habían amenazado, excepto *Chester* en su reacción inicial de protegerme. Bennett, por su parte, decía que no le daban miedo, si bien es cierto que insistió en contarme que *Chester* le había gruñido cuando intentó guardar los huesos con tuétano que yo había sacado del congelador para los perros. Bennett no era amante de los animales, pero existía una aceptación provisional. ¿Cómo los había tratado en mi ausencia?

—¿Por qué elegiste especializarte en victimología? —preguntó Cilla.

—Más bien creo que la victimología me eligió a mí.

Las víctimas solo se convierten en supervivientes a posteriori. ¿Cómo se elige a una víctima?

Pongamos que cinco niñas se alejan de un parque. El depredador está en su coche, al otro lado de la calle. Su método de selección no se parece en nada al de una manada de lobos que elige un alce cojo. ¿O sí?

Estudia la forma de caminar de cada niña, y cómo su porte y sus andares están determinados por el rasgo dominante de su personalidad: tímida, atrevida, atenta, soñadora... Demora el momento de elegir a su víctima hasta que aparezca alguna que se ajuste a sus necesidades. La primera niña en irse camina dando saltitos: yo cuando iba al colegio. Sería fácil elegirla, pero este depredador en concreto no quiere una «saltarina». Resulta que las saltarinas, como presas, dan problemas. Se defienden. La segunda niña que llama su atención camina entre amigos que ríen, y aunque sí es su tipo, el depredador no quiere tener que esforzarse en separarla de los otros y arriesgarse a fallar. La tercera candidata habla a gritos por su *smartphone*, y la cuarta lleva una ropa demasiado masculina para el gusto del depredador. La quinta tiene algo de sobrepeso, y camina enrosándose en el dedo un mechón del flequillo. El pelo le tapa casi toda la cara, señal fidedigna de escasa autoestima y retraining emocional. La «enrosadora» nunca se defiende. Ya sabe que es una víctima; si no ahora, en algún otro momento. El depredador no tendrá que molestarse en seducciones. ¿Debe seducir el lobo al alce cojo?

El «método de aproximación» es un término que se refiere a cómo se acerca el delincuente a su víctima. Proporciona pistas sobre él, tales como sus aptitudes sociales, su constitución física y sus capacidades de manipulación. Los tres métodos de aproximación principales son el engaño, la sorpresa y la incursión. Por engaño nos referimos a cuando alguien hace creer a la víctima que necesita ayuda. Pensemos en Ted Bundy, el célebre asesino en serie, quien con su brazo enyesado pedía a las chicas que le ayudasen a sacar algo de su camioneta sin ventanillas. Por sorpresa entendemos cuando alguien permanece al acecho y, llegado el momento, reduce rápidamente a la otra persona. Pensemos en aquel que se esconde debajo del coche con un cuchillo y espera a que las mujeres terminen de hacer la compra y abran su camioneta; aquel cuyo objetivo es el tendón de Aquiles, para que quien pretende que sea su víctima no pueda escapar. En el caso de la incursión hace falta un uso rápido y excesivo de la fuerza, a fin de vencer con rapidez las defensas de la víctima. Por ejemplo, un allanamiento de morada en el que se mata –o se viola y se mata con celeridad– a quien ha tenido la mala suerte de estar dentro de la casa.

La «valoración de riesgos» se refiere a las posibilidades que existen de que una persona concreta se convierta en víctima. El riesgo de ser víctima se subdivide en tres niveles básicos: riesgo bajo, riesgo medio y riesgo elevado. Esta clasificación se basa en la vida personal, profesional y social de la persona. La prostituta es un ejemplo obvio de persona de riesgo elevado: expuesta a un gran número de desconocidos, en contacto frecuente con consumidores de droga, sola a menudo durante la noche y con pocas probabilidades de que se la eche en falta. Una víctima de riesgo bajo tiene un trabajo fijo, muchos amigos y una agenda imprevisible.

Pero ¿y si hubiera otro tipo de factor de riesgo, como ser demasiado confiado no por credulidad sino por compasión? ¿Qué pasa con la niña a quien el depredador hace subir a su coche pidiéndole que lo ayude a encontrar un gatito perdido?

Así funciona en los seres humanos.